

UNA DANZA ENTRE DOS MUNDOS

La chica que eligió luchar

IRIA CONDE ROMERO

UNA DANZA ENTRE DOS MUNDOS

La chica que eligió luchar



© 2019, Iria Conde Romero

© Ilustración de cubierta: Ana Paula Guerra Lomas

Corrección: Ana Escudero

Primera edición: abril 2019

Derechos de edición en español reservados para todo el mundo.

© 2019, Ayaxia Ediciones

www.ayaxiaediciones.com

ISBN: 978-84-949661-4-9

Depósito Legal: M-17396-2019

Impreso en España.

Queda rigurosamente prohibida, sin autorización por escrito del editor, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Nota del editor:

El libro contiene escenas no aptas para menores de dieciséis años.

A mis padres, Nando y Chus, que siempre lo han dado todo por mí; que, desde que era niña, me enseñaron a perseguir mis sueños y nunca darlos de lado. Que me educaron para saber apreciar la música y la literatura, el arte en general, y que me ofrecieron su guía, pero sin presiones, trabas ni condiciones, dándome alas para que yo eligiera mi propio camino. Sin vosotros no habría podido conseguir nada nunca. Os quiero :)

Prólogo

Hiry se despertó de un sobresalto. Aquel olor era nuevo para ella. No era el olor de las hadas. Tampoco el olor de los muchachos que ellas llevaban allí. Era otra cosa similar, pero distinta al mismo tiempo. Muy distinta. Este tenía un toque femenino. Era femenino y mortal. Nunca había oído una mezcla semejante.

Se incorporó mientras silbaba. Shadowin apareció al instante.

—¿Tú también lo has oído, amiga? —le preguntó mientras acariciaba su pelaje de sombras.

Shadowin ronroneó como respuesta a su caricia mientras olisqueaba el aire en busca del aroma del que Hiry le hablaba. Entonces miró a los ojos a su amiga con determinación. Ella también lo había oído.

La hembra, menuda y sumamente delgada, se agazapó, curvando su espalda y sacando sus garras, adaptando sus ojos a la oscuridad. Después de dos siglos en aquel lugar, sus ojos se habían acostumbrado a ver entre las sombras. Tanto que incluso podía ver a Shadowin, la enorme bestia a quien nadie veía nunca si ella no lo permitía. Una criatura extraña, hecha de sombras, etérea, pero que sentía las caricias en su pelo de tinieblas y podía arrancar la garganta a cualquiera con sus colmillos de oscuridad.

Las dos hembras comenzaron a caminar siguiendo aquel olor. Debían encontrar la fuente de donde provenía y acabar con ella. Hirya sabía que aquello podía significar peligro, y no iba a permitir que nadie enturbiara su tranquilidad.



Derian lo sintió antes de abrir los ojos. Estaba allí de nuevo. Otra vez aquella presión en el pecho, aquel olor avinagrado, aquella sensación de malestar continua, aquel calor infernal —señal de que era de día—, el sudor, el miedo. En aquella atmósfera se respiraba la muerte.

Se incorporó con cuidado, intentado enfocar su vista nublada.

A su lado, ocupando la otra esquina del agujero al que había llamado «cuarto» por años, se encontraba Ferdinand, todavía inconsciente. Era la primera vez que cruzaba un portal, y el golpe de poder le había afectado más que a Derian, a pesar de su sangre Ujal. La habitación era tan angosta que podía tocarlo con la mano sin moverse de su propio catre de paja.

El muchacho suspiró hondo. Pensó en su hermana, abandonada de nuevo sin que él hubiera podido evitarlo. Pensó en el viejo Manley, cuya valentía había permitido que Fer se encontrara ahora con él. Tener a su amigo allí, a su lado, en cierto modo lo consolaba, aunque, al mismo tiempo, hubiera preferido estar solo y no ver a nadie más pasar por lo que él sabía que iba a pasar. Y pensó sobre todo en su pequeña, en Aefentid. Pensó en cómo se sentiría ella en aquel momento, en lo destrozada que estaría sabiendo que

él estaba de nuevo en aquel mundo y que sin el libro... sin el libro nunca podrían sacarlos de allí. No habría manera de abrir aquel maldito portal. Las hadas poseían el *Hechizario*, y mientras lo tuvieran ellas...

Escondió el rostro entre sus manos encallecidas por el trabajo duro durante tantos años. Ya la echaba de menos. No sabía cuánto tiempo había pasado desde que las hadas los habían metido por el portal, pero la extrañaba como si hubiesen pasado siglos.

Volvió a mirar a Ferdinand, su amigo. Él ya lo consideraba como tal. Ellas lo habían traído para manejar el libro a su antojo, Derian estaba seguro. Y a él... A él lo habían secuestrado de nuevo, por venganza, por haber escapado, por simple orgullo y para recuperar lo que ellas consideraban de su propiedad.

El muchacho se estremeció. Ahora que Drusila no estaba... Ahora todas podrían divertirse con él. Quizás se lo pasarían de cama en cama como un juguete.



Estaba con Fer, inflándose a pastel de chocolate y licor de cerezas en medio de un campo verde lleno de flores amarillas. Reían bajo el sol y él le acariciaba la mejilla, que estaba totalmente sana, sin cicatrices ni quemaduras. Se sentía hermosa, plena y feliz.

Un grito ahogado la despertó de su ensoñación. Cuando abrió los ojos, Fer y el pastel habían desaparecido. Fer, el pastel y todo lo demás. La oscuridad plena la cubría ahora, la oscuridad y una sensación terrible de desasosiego, un desasosiego brutal que la hacía querer salir de allí corriendo. No soportaba aquel lugar; le ardía la piel, le picaba la garganta y la cabeza le martilleaba.

Volvió a escuchar la voz, como en un eco, pero era un eco que sentía cerca. Era su cabeza la que la hacía sonar así. Todavía estaba algo atontada.

La voz llamaba a su hermano y a Ferdinand. Era una voz rota, desesperada, aterrada.

Se sacudió la cabeza para despejar aquel entumecimiento.

—Aefentid —habló, intentando no levantar la voz—. Aefentid, ¿eres tú?

—¡Hazel! —exclamó la muchacha. Estaba histérica—. ¡¿Eres tú, Hazel?! ¡¿Qué haces tú aquí?!

—Chsss. Sí, soy yo. Pero no grites. Este sitio me da escalofríos.

—Perdona —respondió Tid bajando la voz—. Tienes razón, pero es que esta sensación me estaba matando. No puedo ver nada. No estoy segura de dónde estoy. Creí que estaba sola y siento... siento...

—Sí, lo sé. Yo también lo siento.

Se hizo el silencio unos instantes, un silencio absoluto y antiguo. A aquel lugar lo envolvía la muerte.

—Oye, creo que deberíamos encender un fuego —dijo Hazel, rompiendo ese silencio sordo.

—¿Estás segura? Creo que sé dónde podemos estar... Derian me ha hablado de un lugar en Apolonis que podría ser este, y está plagado de criaturas. No sé... Quizás el fuego nos haga demasiado visibles.

—¿Y dónde se supone que estamos?

—Bueno... quizás esté equivocada.

—Y quizás estés en lo cierto —susurró Hazel—. Habla, por favor.

—Derian me contó que existe un bosque horrible, donde ellas nacen. No, no nacen. A eso no se le puede llamar nacer. Aparecen, surgen de la maldita oscuridad. Después compiten por salir. Las primeras en conseguirlo son consideradas las más valiosas y poderosas. Otras nunca lo consiguen. Imagínate. Si algunas de ellas no pueden, ¿qué vamos a hacer nosotras? Si es lo que yo pienso que es, si estamos donde yo creo, la oscuridad es eterna. Nunca se ve nada en ese bosque. Al menos no los mortales como nosotras. Y está plagado de hadas, encerradas allí durante siglos, y de criaturas todavía peores que les dan caza a ellas. Por las sensaciones que tengo, creo que estamos ahí, Hazel. Y si nos encuentran...

—Por todos los demonios —murmuró la otra muchacha—. ¿Y qué hacemos en un lugar como este?

—No lo sé. Lo último que recuerdo es colarme por ese portal. Ni siquiera sabía que tú habías venido conmigo...

Hazel calló unos segundos, mientras le daba vueltas a la cabeza.

—Debemos encender un fuego, Aefentid —decidió al fin—. Es un riesgo que tenemos que correr. Si no podemos ver el camino, jamás podremos salir de aquí, ni tampoco encontrar a los chicos.

—Tienes razón —respondió Tid, suspirando, dándose cuenta de que era lo mejor. Rápidamente empezó a arrastrarse, tanteando el suelo con las manos—. Deberíamos buscar palos y piedras para prenderlo. Si estamos donde yo pienso, esto es un bosque. Tiene que haber palos y hojarasca de sobra.

—Está bien —respondió Hazel mientras empezaba también a buscar—. Oye, ¿crees que estamos solas? —añadió. En su voz se podía sentir una angustia que trataba de disimular—. Mi hermano, Ferdinand, esas arpías... ¿Qué narices ha pasado aquí? ¿Dónde han ido?

—No lo sé. Me he despertado hace un momento y he gritado hasta que he escuchado tu voz. Quizás los chicos estén también por aquí cerca.

Hazel reflexionó un momento, antes de continuar hablando.

—Cuéntame más sobre este sitio, por favor.

—Pues no sé mucho más. Derian me dijo que aquí no se sentía nada, solo unas ganas terribles de abandonar este lugar, de escapar; angustia y miedo. Que lo sacrificarías todo solo por huir. Pero no es verdad. Supongo que lo que me contó son solo leyendas. Yo siento muchas más cosas, además de miedo y ansiedad. Siento mi amor por tu hermano, por el mío, por Ferdinand, por mi abue... —No pudo continuar hablando. El solo recuerdo de su abuelo muerto hacía que se le hiciera un nudo en la garganta.

—Yo también siento todas esas cosas. Sin embargo, esa angustia de la que hablas parece muy presente, más que ninguna otra cosa. Quizás este sí sea el lugar que crees porque... es como si... Como si en este momento no hubiera

nada más importante que escapar de aquí, ¿sabes? Parece que los demás sentimientos estuvieran ahí, pero guardados bajo llave, esperando a que yo esté libre de esta y pueda sacarlos. Este instinto de supervivencia nubla todo lo demás. Eso que describes... Eso siento yo ahora mismo. Y da miedo.

Tid asintió, aunque Hazel no pudo verla en la oscuridad. La muchacha sentía lo mismo que la princesa.

Se hizo el silencio por unos instantes, solo interrumpido por el ruido de las hojas entre las que rebuscaban las muchachas. Pero Tid no podía soportar aquella falsa calma por más tiempo, sentía que la ahogaba.

—No dejes de hablar, Hazel, por favor. Me muero de miedo.

—No sé qué decirte, Aefentid...

—Cuéntame... No sé. Háblame de Derian cuando era pequeño. Me quedé alucinada cuando escuché que erais hermanos, ¿sabes?

—Creo que no más que él cuando me recordó —respondió Hazel, entre divertida y apenada—. Pero no lo culpo. Yo tampoco recordaba su aspecto. Solo supe quién era porque... bueno... sabía que él era el heredero y que el heredero tenía que ser mi hermano Brayán.

—Ha tenido que ser duro pasar todo este tiempo con esa sabandija...

—Creo que la peor parte se la llevó mi hermano, ¿no crees? Estar aquí, siendo el esclavo de esas... —dijo Hazel con la voz quebrada—. ¿Sabes? Yo sé lo que le hacían. A él y a todos los muchachos que se llevaban. Las escuché hablar de ello con el emperador muchas veces, mientras reían y bebían champán. Me moría de rabia y deseaba poder matarlos a todos. Hacerlos sufrir de la peor manera.

—Creo que los dos habéis sufrido lo suficiente para varias vidas —murmuró Aefentid sin dejar de buscar cualquier cosa útil para hacer un fuego—. El emperador ya estará en manos de Kilahjum. En cuanto a ellas... Yo no voy

a descansar tranquila hasta haberlas destrozado —añadió muerta de rabia.

—Estamos de acuerdo en eso, entonces —respondió Hazel, y suspiró con fuerza antes de continuar—. ¿Qué quieres saber de mi hermano?

—No sé. Háblame de él. Me gustaría saber cómo era. ¿Lo recuerdas?

—No recuerdo mucho. Ya te he dicho que con los años había olvidado su rostro, el que tenía cuando era un niño. Solo... Solo que era muy bueno conmigo y siempre jugábamos a peleas con los palos. Nos encantaba. También recuerdo que nos sentábamos frente al fuego con un libro de cuentos y, como ninguno de los dos sabía leer todavía, Braylan inventaba historias para mí basándose en los dibujos. Tengo pocos recuerdos de aquella época. Era muy pequeña cuando se lo llevaron. —Un escalofrío recorrió el cuerpo de Tid—. Lo que sí recuerdo a la perfección es cómo las malditas hadas, la condesa, Viktor Stanley y todo su séquito de seres extraños destrozaron a los soldados de la guardia en un suspiro, y degollaron a mis padres. Tampoco olvidaré nunca cómo mi hermano, con solo cinco años, saltó sobre el emperador, tomándolo por sorpresa, y le clavó una daga en su ojo. Después las hadas se lo llevaron y yo me quedé allí, en manos de un tirano que solo deseaba venganza.

A Tid, que la escuchaba cada vez más cerca, le temblaron las piernas, y sintió que, si no hubiera estado arrodillada, seguramente se habría caído. Aquellos dos hermanos habían tenido la más horrible de las vidas. Derian, su pobre Derian... ¿Qué narices estarían haciendo con él y Fer esas arpías?

—¿Tid? ¿Estás ahí?

—Sí —respondió ella, tocándole una mano. Se habían encontrado, y el toque de otra persona no pudo hacerla más feliz—. Lo siento, es que... Siento mucho todo lo que habéis pasado. —Y se enjugó una lágrima mientras apretaba la mano de Hazel.